



# 3 Identidad nacional colombiana: discursos, recurrencias y desafíos en contextos de globalización<sup>1</sup>

Colombian national identity:  
discourses, recurrences and  
challenges in a globalization context  
Identidade nacional colombiana:  
discursos, recorrências e desafios no  
contexto da globalização

\* Fabián Felipe Villota Galeano

## Resumen

Este artículo rastrea, en el tiempo, algunas de las recurrencias y discursos en torno a las cuales se ha definido la identidad nacional de los colombianos con el fin de identificar en ellas los más importantes dispositivos, recursos e instituciones a través de los que se ha integrado la nación, para, finalmente, mediante la descripción del estado de cosas actuales, presentar los desafíos para la integración de los nacionales en tiempos de globalización.

## Palabras claves

Identidad nacional, Estado, Migración, Globalización, Colombia.

## Abstract

This paper traces some of the recurrences and discourses through which the Colombians national identity has been defined throughout the time, aiming at identifying among them, the most

*\*Estudiante de doctorado en Anthropologie sociale et ethnologie en l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS) en Paris (Francia). Magister en Antropología de la Universidad de Antioquia. Docente adscrito al Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Pereira.*

Correo:  
fabian.villota@ucp.edu.co

Recibido:  
30 de mayo de 2016

Aprobado:  
19 de septiembre de 2016

---

<sup>1</sup> Este artículo es resultado del proyecto de investigación *Identidad migrante: migración, identidad nacional y estado: Definición y recreación de la identidad nacional a partir de la experiencia de los migrantes colombianos en Estados Unidos, Canadá y España, del grupo de investigación Comunicación y conflicto, en el marco de la línea Estado, identidades y violencias, de la Universidad Católica de Pereira.*



important devices, resources, and, institutions, whereby the Colombian nation has been integrated; and therefore, describing the affairs and challenges current state for the integration of the nationals in times of globalization.

### **Keywords**

National identity, State, Migration, Globalization, Colombia.

### **Resumo**

Este artigo traça algumas das recorrências e discursos em torno do qual definiu a identidade nacional dos colombianos com o tempo, a fim de identificá-los os mais importantes dispositivos, recursos e instituições através do qual integrou a nação, para finalmente, descrevendo o estado atual das coisas, apresentam desafios para a integração dos cidadãos em tempos de globalização.

### **Palavras-chave**

Identidade nacional, Estado, Imigração, Globalização, Colômbia.

A finales del siglo XX, el auge de la idea de globalización, que parecía afianzarse con el fin de la guerra fría, la caída del muro de Berlín, la expansión del libre mercado a América Latina, África y Asia, el aumento (o la percepción del aumento) de los flujos de información, de mercancía y personas, la contracción y simultaneidad del mundo, proyectaban el XXI como el siglo global.

Estos hechos han tenido varios correlatos: fin de la historia (Fukuyama, 1989), fin del estado nación (Ohmae, 1997) y nuevo orden mundial (Hein, 1994); sociedades y modernidad líquidas (Bauman, 2000), transnacionalismo (Hannerz, 1998), y muchos otros.

Fue en este marco que pretendí indagar sobre la suerte de algunas de las nociones que estaban ligadas al estado-nación en torno al cual se había pretendido organizar la vida social y política durante el siglo XX; sobre todo por la recurrencia en augurar su declive, su fin, su destrucción e, incluso, su inutilidad en tiempos de globalización. Me interesaba comprender cómo se definía la identidad nacional en estos nuevos contextos en los cuales, para muchos, el estado-nación ya no era la fuente de resonancia identitaria. Para ello, se partió de la intensidad de los flujos migratorios: la migración internacional colombiana, como caso en el que podrían rastrearse los reacomodos identitarios y políticos en la llamada globalización.

Las estrategias, los dispositivos, los referentes, entre otros, en torno a los cuales los colombianos en el exterior definen la identidad nacional han sido consignados en otro lugar (Villota, 2015). Pero una de las trayectorias que había decidido explorar fue cómo eso que llamamos identidad nacional también se articula al espíritu de los tiempos, al auge de las ideas hegemónicas que sobre la nación se han tenido en distintas épocas.

Se utiliza como método el análisis documental el cual es orientado por la categorización de Appelbaum, Macpherson y Roseblatt (2003). Este artículo rastrea el tipo de discursos en torno a los cuales se ha elaborado la imagen de lo que son los colombianos: la identidad nacional y, a su vez, plantea los rasgos de esos discursos en tiempos de la globalización.

Las preguntas quiénes son los colombianos, qué constituye su identidad nacional, suelen ser de esos interrogantes cuyas respuestas nunca se agotan. Simón Bolívar, por ejemplo, que tenía porqué, después de que el reino de la Nueva Granada se independizara de los españoles, decía:

No somos indios ni europeos, sino una especie media entre legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores (Bolívar, 1950 [1815]; citado por Melo, 1989. p. 32).

Sin embargo, en el proceso de integración de la nación pueden escudriñarse algunas imágenes a través de las cuales se ha pretendido dicha integración; además de las dificultades y los recursos de los cuales, por ejemplo, se han servido las élites nacionales para integrar a la población colombiana, así como las ideas de las que echan mano los ciudadanos del común para reconocerse como parte de la nación. Todo esto con el fin de dar cuenta del proceso de transformación de la imagen de la identidad nacional a través de distintos momentos históricos.

Y, para no caer en reconstrucciones históricas, siempre inconclusas y sesgadas, retomaré aquí la periodización hecha por Appelbaum, Macpherson y Roseblatt (2003) en la que pretenden sustentar las visiones que de raza y nación han tenido las élites en América Latina a través de cuatro momentos. En primera instancia, las imágenes de nación están asociadas a las élites que alentaron la independencia de la Gran Colombia que venían animadas por las corrientes ilustradas de la época. En ese sentido, Melo (1989) narra que, en el periodo posterior a la independencia, era evidente cómo la nación se abría camino sin depender de la herencia de la cual emergía como nueva nación, sino entre todas las colectividades que la habían hecho posible; de ahí la nota muy ilustrativa de Bolívar haciendo alusión a la conformación de la nación con gentes de todas las ascendencias: europeos, africanos y nativos, bajo la égida de los discursos ilustrados provenientes de Europa.

Después del proceso de independencia, la Nueva Granada presentaba grandes obstáculos para su integración y desarrollo, el

principal: las dificultades para el transporte de un lugar a otro y los costos que esto acarrearía, todo debido a la quebrada geografía y a la precaria red vial. Si bien, el comercio entre grandes distancias no era necesario, puesto que, cada región había creado el acceso a ecosistemas que proveían lo necesario. Esto coadyuvó, de cierta manera, a la estructuración de regiones definidas. Fue solo hasta la redacción de la Constitución de 1831 (que entraría en vigencia en 1832) que trató de darle orden a la naciente nación de la que, por decirlo menos, aún no se tenía plena certeza ni de la totalidad del territorio que albergaba; máxime cuando los territorios de la Nueva Granada estaban en desbandada con la separación de Venezuela y de Ecuador (Bushnell, 2007). Vendrían entonces los conflictos: la denominada Guerra de los supremos<sup>2</sup> y, con ellas, el advenimiento de las guerras civiles con las que se lograrían consolidar aún más las regiones y las identificaciones de sus habitantes con estas. Melo (1989) plantea, al respecto de esta época, que:

Se encuentra grandes grupos étnico-regionales: los viajeros hablan del antioqueño, del caucano, del costeño, a pesar de que Mompox y Cartagena o Santa Marta rivalicen. El pueblo colombiano es al mismo tiempo el ciudadano y el miembro de un complejo cultural regional, con marcado carácter étnico. La herencia colonial sigue viva y el status laboral de las castas se hipostasía en la definición de sus rasgos raciales, que empiezan a apoyarse en la jerga pseudocientífica de la época (p, 35).

A mediados del siglo XIX, como en toda América Latina, predominan las ideas liberales y, con ellas, el recurrente conflicto entre liberales y conservadores, y entre la iglesia y los sectores anticlericales (Bushnell, 2007). Fue en esa época, conocida como Revolución Liberal, en la que la imagen del colombiano fue construida favoreciendo el mestizaje, del cual los llamados criollos eran herederos porque este iba a “Producir una casta vigorosa, bella, fecunda y laboriosa en alto grado... varonil, inteligente, notablemente blanca. Animada por una aspiración vaga que un día deba llamarse patriotismo y encontrar su símbolo en la revolución democrática” (Melo, 1989. p, 37).

---

2 *La guerra se desató a partir de la decisión de suprimir los conventos, excusa para hacer oposición al gobierno de José Ignacio Márquez, quien sucedió a Francisco de Paula Santander, de quien era opositor, y se denominó así porque ese fue el nombre con el que se autodenominaron los líderes locales.*

En el segundo momento, al final del siglo XIX, se conceptualiza a la nación como “Diversa racialmente (la época de la eugenesia en su versión lamarkiana) de registro e intervención sobre las poblaciones, de higiene y de políticas migratorias” (Restrepo, 2010. p, 29). En este sentido, después de que se han consolidado las élites del país, y a su vez los partidos tradicionales, la idea de las bondades del mestizaje es matizada por el regreso al poder de los conservadores, para quienes la esencia de un colombiano aún era difusa, porque para ellos -los conservadores- la identidad colombiana era un ideal a ser alcanzado. Estos habían regresado al poder como resultado “De los excesos de las administraciones liberales, en relación con la iglesia, el federalismo a ultranza y las crecientes dudas a propósito de las políticas económicas liberales” (Bushnell, 1997. p, 205), que habían alentado la empresa privada y buscado la integración a los mercados internacionales. Con este segundo aspecto sobrevendría una crisis, la cual, si bien, para Bushnell (1997), no sería el origen del descontento sí fue la causa última que la provocó.

Por otro lado, la posibilidad generalizada, durante este siglo, de consolidar las naciones a través de un enemigo exterior fue determinante, lo que hubiese permitido la unidad nacional, por ejemplo, a través del cierre en torno a imágenes abstractas (como la soberanía, el patriotismo, etcétera) y simples, pero efectivas, nunca apareció. O nunca fue lo suficientemente fuerte para hacer coincidir en torno a ello a toda la población. El caso de Panamá, que se había separado de Colombia en 1903, en el marco de la finalización de la llamada Guerra de los mil días, es bastante ilustrativo en ese sentido. Por supuesto, a esto había contribuido la clara configuración de las regiones y su cierta independencia, ayudada por la abrupta geografía nacional que aún hoy sigue siendo un obstáculo para la integración; y, por supuesto, el centralismo que las élites de Bogotá habían planteado para mantener el poder, aspecto que había sido reforzado con la Constitución de 1886 durante el último gobierno de Rafael Núñez. A decir de Melo (1989):

En términos generales, el centralismo tampoco parece haber reforzado mucho la conciencia de nación: el conflicto político, la exclusión de la ciudadanía de medio país reforzó más bien un elemento de identificación nacional que puede haber sido más fuerte que el mismo estado: los partidos políticos (p, 39).

En los siguientes años, de principios del siglo XX, la identidad nacional se presentaría más como un anhelo asociado a las corrientes modernizadoras que llegan de los países europeos y de Norteamérica, y que tienen su propia

traducción en tierras colombianas a través del proceso de urbanización que, sumado a la aparición de criterios de medición como el crecimiento económico, permitían establecer comparaciones de Colombia con los demás países del concierto internacional. El atraso económico, visible en la infraestructura y demás, afectaba la imagen que los colombianos tenían de sí mismos, lo que posibilitaría el retorno de visiones racistas como las que explicaban que el “atraso” económico se justificaba y explicaba por la herencia indígena y africana (Melo, 1989). Esta idea pesimista pronto sería matizada por la posibilidad de redimir la condición de pobreza, y es así como se puede identificar el tercer momento propuesto por Appelbaum (2003) que se constituiría por “El proyecto nacional populista, en el cual se conceptualiza la nación desde los discursos del mestizaje (repudiando las teorías de la degeneración de los híbridos) y articulando una eugenesia positiva” (Restrepo, 2010. p, 29), fundándose en las esperanzas del desarrollo social mediante el crecimiento económico; por supuesto, a eso ayudaron los gobiernos liberales de la época. Tanto fue así, que después de los años 20 hizo carrera la idea del colombiano mestizo que podía alcanzar niveles de bienestar social y económico por medio de la educación. La máxima expresión de estas ideas estaría en las reformas puestas en marcha por los nuevos gobiernos liberales y por la aparición de Jorge Eliécer Gaitán, el líder populista que reivindicaba la condición mestiza del “pueblo colombiano”.

El cuarto momento de la formación de la nación se puede identificar después de la Segunda Guerra Mundial. En Colombia, esto se da en el contexto de la modernización y el desarrollo; es así como, después del asesinato de Gaitán, en 1948, aparecería uno de los más grandes dispositivos de identificación de los colombianos: la violencia, inicialmente alimentada por las pugnas de los dos partidos tradicionales, y luego trasladada al conflicto entre el estado y las guerrillas, en el marco de la Guerra Fría. Ya para mediados del siglo XX, los colombianos empezaban a expandir los elementos culturales asociados a las identidades regionales para convertirlos en nacionales: el bambuco, el vallenato, entre otros, pasaron de ser exclusivamente de las regiones para ser también símbolos de la identidad nacional (Melo, 1989), apoyado por la aparición de los medios de comunicación de masas como la radio primero y, la televisión, después. Así, empezaban a circular nacionalmente muchos de los símbolos que permitirían lograr cierta identificación con el país: el himno nacional, algunos ritmos musicales, entre otros.



¿Puede hablarse de una identidad nacional colombiana históricamente consolidada a finales del siglo XX? A propósito de este asunto, el análisis de Melo (1989) es bastante pesimista al escribir que:

No existen en el país fuerzas centrifugas importantes, formas de separatismo étnico, regional, lingüístico. Nos hemos resignado todos, por lo menos, a ser colombianos. (...). Los elementos empíricos de identidad nacional son de baja intensidad: no hay un gran nacionalismo, no hay una cultura muy específica, que nos diferencie en serio de otros pueblos americanos. La búsqueda de símbolos nacionales o de rituales de identidad está dominada por el espectáculo o el despliegue: como antes el escudo o la bandera o el horroroso himno, los triunfos deportivos o literarios permiten esa identificación positiva con el país. Los estereotipos que codifican las formas de ser, sus valores y aspiraciones, los rasgos supuestos de los colombianos constituyen una trama múltiple en la que coexisten definiciones raciales, regionales, clasistas y nacionales (p. 45).

¿Qué puede decirse acerca de la identidad nacional mediante los momentos plasmados aquí? Que algunas instituciones son recurrentes en las alusiones a la identidad nacional, para las cuales esta identidad resultaría útil para su legitimación (esto suele traducirse en la idea de pensar a Colombia como un país católico o liberal, logrando el efecto legitimador de esas instituciones: la iglesia y los partidos a través de la identidad nacional). Entonces, son varios los dispositivos sociales o políticos que han hecho que logre entreverse a la sociedad colombiana como una unidad: los partidos políticos, la violencia política y la iglesia católica, que han sido, quizás, tres de los más estudiados y abordados. Para González (1989), los partidos políticos se convirtieron, en la historia de Colombia, en una posibilidad de articular los poderes locales y regionales y mostrarse como una expresión política nacional. Y pese a que en sus bases estaban fundadas en relaciones tradicionales, se articulaban de una manera bastante compleja con una instancia muy moderna como es la nación y el estado. A González (1989) le parece que pese a que la forma de adhesión a los partidos es bastante peculiar el fenómeno de la identidad. En consecuencia argumenta que:

Todo está reducido a que en el pueblo haya una persona influyente por su mayor riqueza o instrucción, que es pariente de alguno de los prohombres del partido, o que tiene un pleito

que le defiende un abogado rojo, o que la parte contraria es un conservador, o cosa semejante, y por ello vota y obra con los rojos; pero ni él, ni mucho menos sus clientes, conocen los principios del partido que sostienen los del opuesto (Ospina, 1969; citado por González, 1989. p, 143).

Es claro que la imagen de lo que los colombianos son estaba estrechamente ligada a la ideología de los partidos políticos tradicionales: liberal y conservador; y, cada uno, cuando ostentaba el poder, pretendía incorporar como nacionales los principios que lo orientaban ideológicamente. A esto habría que sumarle las herencias producto de la colonización y la difusión de las corrientes modernizadoras en el siglo XX que iban permitiendo, por un lado, la difusión de símbolos que pronto se considerarían nacionales y, por el otro, su fijación en el tiempo.

## La Constitución de 1991: de cara al siglo XXI

En el año 1991 fue convocada una Asamblea Nacional Constituyente que tenía como primer objetivo redactar, después de más de cien años y cientos de reformas, una nueva Constitución que rigiera los destinos de la nación colombiana. Esta asamblea, que pretendió ser una suerte de acuerdo nacional entre la población colombiana, convocó, a través de sus representantes políticos, a los indígenas, los afro-descendientes, los grupos guerrilleros (acogidos a la vida civil después de acuerdos de paz) y al grueso de la población por medio de los partidos políticos tradicionales y algunos nuevos, reconociendo a Colombia como una país pluriétnico y multicultural y se decretó, formuló y sancionó con el fin, entre otros, de *fortalecer la unidad de la nación*, e, incluso, en su artículo 70 promulga:

El Estado tiene el deber de promover y fomentar el acceso a la cultura de todos los colombianos en igualdad de oportunidades, **por medio de la educación permanente y la enseñanza científica, técnica, artística y profesional en todas las etapas del proceso de creación de la identidad nacional** (Constitución Política de Colombia, 1991)<sup>3</sup>.

¿En qué consiste ese proceso de creación al que se alude? ¿Cuáles se suponen son los elementos que constituyen esa identidad nacional? ¿Quiénes los definen: el estado a través de sus leyes?

3 El resaltado es mío.

¿La sociedad? ¿O es que esos elementos surgen en el seno mismo de la sociedad y el estado los legitima y formaliza mediante su ejercicio jurídico? ¿Y, de dinámicas de reproducción cultural que estén bajo su manejo, los medios de comunicación y la educación pública? Son preguntas cuyas respuestas no están muy claras<sup>4</sup>. Aquí es importante destacar que posterior a la promulgación de la Constitución de 1991 este artículo impactaría los currículos escolares; asimismo, se instauró una cátedra de estudios afrocolombianos que aún está por implementarse efectivamente; los pueblos indígenas recibirían educación bilingüe y serían autónomos en ciertas decisiones (la educación bilingüe aún está en implementación)<sup>5</sup>.

En el año 2001, el Ministerio de Cultura publicó una colección de cuadernos que denominó Cuadernos de Nación. En esa publicación se reunieron varias investigaciones y reflexiones que tenían por objeto dar cuenta de “Los debates más contemporáneos sobre cultura y nación, con el propósito de aportar al diseño y formulación de políticas públicas comprometidas con la construcción de la nación desde la cultura” (Cuadernos de Nación, 2001). Las investigaciones de esta colección pretendían abordar de manera novedosa las vicisitudes en torno a la identidad nacional de los colombianos y, más allá de considerar la identidad nacional y a la nación como asuntos de estricto resorte político, hicieron énfasis en los símbolos y en la idea de que “La nación pasa más por la compleja urdimbre de la semántica cultural y la sicología que por la mecánica del poder” (Ferro, 2001. p, 10). Bajo esa premisa, Ferro va tras la búsqueda de “Metáforas que han estado creando nuevas tramas de solidaridad y convergencia, leer nuevos signos que inventamos, consumimos y pensamos colectivamente” (p, 10) porque él cree que “Es necesario pensar una nación que se reconoce en unos símbolos lo suficientemente potentes y ricos de sentidos que permitan gravitar y mediar en torno de ellos a un amplio, diverso y heterogéneo grupo de actores sociales” (p, 10).

Estas investigaciones escudriñaban, en varios aspectos, que podrían considerarse insumos, síntesis o dispositivos productores de sentidos de la identidad nacional o como posibilidad de integración de la población colombiana.

---

4 Podría pensarse que es a partir de estos interrogantes que surge la idea de la definición y reconocimiento de las identidades como un campo de disputa política.

5 Sobre las consecuencias que trajo la nueva Constitución para los asuntos étnicos, nacionales, y para la disposición del estado frente a ese nuevo decretado estado de cosas (digo decretado porque la Carta Magna reconoció asuntos que hace mucho rato se venían debatiendo, como los derechos indígenas, o los de los afrodescendientes, etcétera.), pueden consultarse los textos de Uribe y Restrepo (1995), Sotomayor (1998), Wade (1997) y Gross (2000).

Bolívar (2001) y su equipo tomaron el reinado nacional de belleza en Cartagena en un lapso de tiempo comprendido entre 1947 y 1970<sup>6</sup> “Como un espacio de encuentro entre las elites regionales y como un evento productor de la elite nacional” (Bolívar, Arias y Vásquez, 2001. p, 46). La particularidad de esta visión, así como en la de Ferro, es que los autores no abandonan las especificidades políticas del asunto de la nación y la identidad nacional, pero asumen que:

Hay varias formas de identificación colectiva que no necesariamente tienen que tramitarse por la vía tradicional y visible de la representación política para ser considerados nacionales. Preguntarse por la naturaleza de los vínculos entre la construcción de la nación y el Reinado Nacional de la Belleza exige recordar la especificidad de la nación como comunidad política, pero por otro lado exige reconocer la fortaleza ‘política’ e incluso ‘nacional’ de aquello que aparece a primera vista como algo banal, meramente ‘retorico’ o limitado a un grupo concreto (Bolívar, Arias y Vásquez, 2001. p, 46).

Como los demás autores de Cuadernos de Nación, Dávila y Londoño (2001), al posicionar de forma particular a la hora de abordar la identidad nacional y la configuración de la nación, parten de la idea de que en Colombia no hay símbolos, instituciones e ídolos que objetiven las identidades colectivas y que sirvan de sedimento a la construcción de la nación; más aún, frente a la pérdida paulatina de la influencia de aquellos referentes en torno a los cuales siempre se había pensado el proceso de construcción de la nación y la emergencia de la identidad nacional: los partidos políticos, la iglesia, el estado y el mercado. Hasta aquí, nada nuevo bajo el sol, pero cabe destacar un detalle interesante: ya se asumen algunos referentes constitutivos de la identidad nacional que, aunque según dicen los autores, van decayendo, no son solo unos insumos, sino los que tradicionalmente jugaron un papel básico. Sin dar mayor explicación de por qué esas instituciones (el estado, la iglesia y demás) han entrado en decadencia como relevantes en la construcción de la nación, los autores consideran que son necesarias miradas renovadoras y dinámicas acerca de los modos de abordar el asunto. Esas miradas suponen entonces:

---

6 Los autores tomaron estos años por ser 1947 el año en que se reinicia el certamen que había tenido lugar por primera vez en 1937; y, 1970, por ser el año en que se inician las transmisiones en directo por televisión (Bolívar, Arias y Vásquez, 2001).

(...) Examinar cómo se han manifestado algunas tentativas de construcción de nación, qué ha pasado con las búsquedas y los proyectos que desde los diferentes ámbitos de la sociedad se han generado para intentar construir e imaginar posibles tipos de 'nosotros' en torno a los cuales se definen las identidades fundamentales de una colectividad en un tiempo determinado (Dávila y Londoño, 2001. p, 86).

Es, a partir de estas ideas, que abordan fenómenos como el fútbol, y particularmente a la Selección Nacional, como uno de los elementos sobre los que puede instaurarse esa mirada renovadora que anuncian; sin embargo, no se trata del balompié como reflejo de la sociedad, sino como un lugar privilegiado para observar en él las adhesiones en las que se recrean, definen y se reelaboran los sentidos identitarios, las identidades mismas, permitiendo que se nutra el sentimiento nacionalista (Dávila y Londoño, 2001). Y, es en esta idea en la que descansa la novedad de la perspectiva del abordaje de los autores: el fútbol, a través de la Selección Colombia y su juego (sobre todo en la década de los noventa), no solo es un atributo en torno al cual se define la identidad de la sociedad colombiana, sino que, a través de la Selección Colombia, se puede observar cómo se integra el pueblo colombiano y también tramitar ese tipo de integración; es decir, es un dispositivo que provoca la integración y además la tramita. Por eso asumen la perspectiva performativa de Bhabha (1994) en la que se expone:

La historia nacional y los discursos nacionales no sólo representan algo que existe o existió, sino que en el mismo momento de invocarlos están produciendo una específica realidad. De ahí que insista en que las narrativas constituyen la nación y no sólo la reflejan, claro está que al constituir la producen también las diferenciaciones y las jerarquías que constituyen al pueblo como sujeto político (Bhabha, 1994; citado por Dávila y Londoño, 2001. p, 87).

Así encuentran que, en ese relato, sobre lo que es el fútbol y la Selección Colombia, pueden hallarse nexos con lo más cotidiano, con la vida de todos los días. Esto es: con aquello que también constituye la sociedad y que define quién se es, de dónde se viene; pero, a su vez, es muestra de las cosas que la sociedad puede llegar a ser, o adónde quisiera llegar, inundándolo todo de sentido, sintetizándolo en el juego. Por eso tiene la capacidad de movilizar las emociones del pueblo entero, brindándoles

una suerte de homogeneidad en torno a lo que representa y constituye el balompié y la Selección Colombia cuando está participando en algún certamen.

De hecho, concluyen que el fútbol es una síntesis y condensa la realidad nacional, convirtiéndose en expresión de las regiones, de la tensión entre la ilegalidad y la legalidad, de las ilusiones internacionales por la llegada de jugadores foráneos. Incluso, se considera que, estando frente al fútbol y la Selección Colombia, se está ante una expresión nacional, demostrando que: “La selección de fútbol es una instancia útil para reconocer e identificar referentes, prioritariamente discursivos y narrativos, de lo nacional y se constata que algo de tal tipo sucedió, con mayor claridad” (Dávila y Londoño, 2001. p, 112).

No interesa aquí comprobar si las conclusiones de los autores fueron acertadas después del tiempo que ha pasado. Tampoco se trata de reconstruir o establecer una secuencia de los diferentes esfuerzos por definir la identidad nacional a principios del siglo XXI. La intención es observar ciertas regularidades que se han presentado en esos esfuerzos. En otros términos, consiste en dar cuenta, por medio de algunos ejemplos representativos, cómo y de qué se habla en Colombia cuando se diserta de nación e identidad nacional.

¿Por qué? Porque muchos de los abordajes a los temas, sus idas y venidas, están dados en parte por los contextos en que se producen. Nuevas cosas se producirían si las contingencias de la época fueran otras. No por nada, las voces que se recogen aquí cambian no solo por ser citadas de primera o segunda mano, sino porque en ellas puede intuirse el movimiento de la época. El afán y consecuencias de la unidad de la población, después de la independencia, pueden vislumbrarse en la voz de Simón Bolívar recogida por Melo (1989) en los siguientes actos significativos: la consolidación de los liderazgos en las guerras civiles en las épocas que le siguieron a la independencia; la forma de las lealtades, cuando los partidos políticos empezaban a consolidarse; el apego a las ideologías cuando los líderes consideraban y excluían a otros por acoplarse a una u otra creencia (la de la iglesia o la de las libertades en uno u otro caso). La forma en que se abordan son las respuestas a la misma pregunta, pero imbuidos de contexto, de época, de tiempo.

¿Qué podría decirse a estas alturas, entrado el siglo XXI, acerca de la identidad nacional pese al pesimismo del análisis de Melo (1989) enunciado

en párrafos anteriores? Por un lado, que entre las instituciones importantes para la cohesión y la conformación de la nación colombiana, desde sus inicios, se encuentra la iglesia católica, sobre todo porque es de las pocas instituciones que hacen presencia en el país desde los tiempos en que era colonia española. La iglesia fue, durante muchos años, la única institución que hacía presencia en los rincones más ocultos del territorio colombiano, aunque de manera diferenciada, haciendo énfasis, en sus inicios, en las zonas que tenían pleno control colonial y, después, en los centros urbanos importantes (González, 1989). Hubo algunas zonas mayoritariamente indígenas que fueron poco controladas por la iglesia; de hecho, siempre fueron territorios disputados por unos y otros, cuando no desconocidos para la iglesia. Por supuesto, como se ha dicho líneas atrás, fue con la aparición de los medios de comunicación y la concreción de la cobertura a nivel nacional por parte de la radio, la televisión y la telefonía, así como los avances (siempre pocos) en infraestructura vial, que se possibilitó que todo este tipo de recursos circularan en mayor medida: la imagen de los partidos, la iglesia, etcétera. Así, ayudarían a la integración del territorio nacional o, al menos, a pensar en Colombia como una unidad formada por múltiples diferencias, paradójicamente juntas, integradas o articuladas.

Por otro lado, pueden rastrearse ciertas recurrencias cuando se habla de identidad nacional y construcción de la nación: es evidente que la identidad nacional de los colombianos se ha ligado a un proceso que está mediado por el espacio donde se crean, acogen e incorporan los símbolos sobre los cuales se erigen las identificaciones de los colombianos como tal; y, por el tiempo, en cuanto a los avatares históricos que van dejando una cierta huella semántica en la imaginación de los colombianos como colombianos.

En síntesis, la primera recurrencia surge de la asociación de que la identidad colombiana siempre estuvo de la mano de lo producido por las élites políticas o sociales y en las formas en que se traducían las ideas dominantes de esas élites que impactaban lo que implicaba ser colombiano, o lo que se creía implicaba ser colombiano: el papel de la ideología dominante en los gobiernos de turno permitía moverse, por ejemplo, entre la idea de una identidad nacional fundada en ideas liberales, con criterio modernizador a otro más conservador, de arraigadas creencias religiosas católicas y defensoras de la moral familiar y de valores encumbrados.

A esto habría que agregarle una segunda recurrencia, la de que la identidad nacional iba enriqueciéndose de nuevas imágenes que circulaban, ya

provenientes del exterior o ya de las regiones mismas, difusión favorecida por los medios de comunicación. De manera que bien puede decirse que la identidad nacional también se ha ido constituyendo de la mano de procesos modernizadores como los medios de comunicación tradicionales a principios y mediados del siglo XX y las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TIC) finales del mismo siglo y comienzos del XXI.

La tercera recurrencia permite observar cómo la identidad nacional se alimenta de hechos históricos altamente significativos como la violencia originada en el asesinato de Gaitán y continuada en el conflicto con las guerrillas, con el paramilitarismo y el narcotráfico, hasta hoy.

En cuarto lugar, puede detectarse la articulación de principios regionales que por su valoración (y muchas veces emanadas de acontecimientos históricos elevados a la figura mítica de gestas heroicas como la colonización antioqueña) son elevados casi a mito y pretenden asumirse como nacionales: la *verraquera* de los paisas (adjetivo adjudicado a quienes colonizaron las tierras montañosas del centro del país), o a rasgos profundamente caracterizados de las gentes de una región: la alegría de las gentes de la costa o el carácter apacible de la gente de tierras altas. Se destacan, igualmente, hitos que en apariencia son menos relevantes para la historia política del país, pero fundamentales para la integración de la nación: la aparición de la televisión, la radio, la masificación de la educación, los procesos de urbanización. Todos estos aspectos fueron convirtiéndose en huellas o insumos y recursos para erigir sobre ellos una cierta imagen de la identidad nacional.

Una quinta apreciación se halla en la importancia que se le adjudica a ciertos dispositivos institucionales como los partidos políticos, la iglesia, el estado y los mercados que permitían cubrir y, por esa vía, cohesionar y controlar a la sociedad colombiana.

O novedades como la de buscar símbolos que sintetizen mucho de lo que los colombianos son. Asuntos como el fútbol, las telenovelas, las fiestas o los carnavales en los que algunos sirven como un espejo en el cual la sociedad colombiana puede verse a sí misma reflejada, o en el cual se sintetiza mucho de lo que ella es o que se convierten en productores de una aparente homogeneidad que integra y articula a todos los colombianos.



¿Qué hay de nuevo en el barrio? ¿Qué nuevos tiempos corren ahora?  
¿Qué nuevas respuestas pueden surgir en nuevos contextos, o para los más moderados, en contextos donde los asuntos que venían en expansión se vuelven álgidos?

Hay una expresión de la globalización que viene acompañada de las afirmaciones que se han enunciado aquí y que han servido a muchas voces para dar cuenta de la novedad de los tiempos que corren, pero también para decretar la caducidad de viejas nociones. Esas expresiones de la globalización son las llamadas Tecnologías de la Información y las Comunicaciones que han modificado radicalmente las nociones de tiempo y espacio. Hoy, el mundo está rápidamente interconectado, o casi simultáneamente, gracias al uso de la Internet y la comunicación digital. No obstante, la globalización de los mercados que se objetiva en las poderosas corporaciones, que llegan a rebasar la fuerza del estado, y los flujos poblacionales: la migración internacional, que en sus distintas versiones (desplazamiento forzado, refugio, migración económica) viene aumentando y siendo cada vez más relevantes a la hora de observar el panorama del mundo.

Las consecuencias son muchas y variadas; aun así, políticamente se volvieron protagonistas los organismos multilaterales como las Naciones Unidas; conflictos internos o locales adquirieron relevancia geopolítica. Asimismo, se globalizaron los principios occidentales de democracia, el capitalismo y los derechos individuales; también lo hicieron las formas de resistencia, se transnacionalizaron los movimientos sociales, el terrorismo, los negocios, las identidades, etcétera.

En cuanto a lo que interesa aquí, la globalización, comprendida, siguiendo a Santos (1998), como el proceso de intensificación de las interacciones transnacionales, en el cual la producción se vuelve global mediante empresas transnacionales y las economías abiertas, propone que el estado no es ya la unidad en la que surge la iniciativa económica, social y política y, por tanto, no puede controlar el flujo de bienes, personas y capitales como antes. Es un proceso en el que hay una nueva clase capitalista transnacional cuyo campo de acción es el globo total. Y un proceso en el cual el debate más importante, en términos culturales, gira alrededor del surgimiento de una cultura global o mundial, en las décadas recientes. Ello ha permitido observar fenómenos que en la escala nacional eran considerados marginales. Por ejemplo, se evidenció rápidamente que no todas las comunidades

nacionales estaban contenidas en el territorio nacional, y que pese a eso existía una identificación con el país. Los millones de migrantes que, sobre todo del llamado Tercer Mundo, habitan en países extranjeros exigen pensar cómo es posible mantener esa identificación con el país de origen si por fuera de ellos las formas a través de las cuales los recursos identitarios se movilizaban pasaban a un segundo plano. Sin embargo, Abélès (2006) afirma:

La identidad nacional se resiste y sigue siendo atractiva para los ciudadanos en comparación con el lado artificial y los productos efímeros de los medios de comunicación transnacional. Los nuevos medios de comunicación digital densifican las interacciones entre miembros de comunidades que comparten el mismo idioma, se refuerzan las comunidades étnicas y se estimulan nuevos nacionalismos (p, 120).

Cuando a principios de la primera década del siglo XXI aparecieron las cifras sobre remesas enviadas por los colombianos en el exterior, y estas equivalían a un alto porcentaje de los ingresos del exterior por concepto de exportaciones, el estado colombiano empezó a prestar mucha atención a lo que estaba sucediendo con esos colombianos:

En el caso colombiano (...) la evolución del tamaño e importancia macroeconómica de las remesas han ascendido geométricamente en los últimos cinco años: mientras que su monto supero los US 3 mil millones en 2003, su contribución al PIB se duplicó en el mismo periodo al pasar del 1,5% en 1999 a superar el 3% en el 2003, llegando a representar un quinto del monto total de divisas que entraron al país por concepto de exportaciones (Banco de la República, 2003; citado por Guarnizo, 2006. p, 98).

Por supuesto, pese a que durante décadas muchos colombianos han vivido en el exterior, pocas veces su incidencia en la vida nacional había sido considerada. No solo el envío de remesas hacían volver la mirada hacia ellos, también su número: para el 2003, según datos del Ministerio de Relaciones Exteriores, 5.2 millones de colombianos residía en el exterior. El DANE, para el 2005, expuso que la cifra de colombianos residentes en el exterior ascendía a entre el 8 y 10 % de la población total y, en la actualidad, se siguen manejando cifras similares. Semejante estado de

cosas tendría impacto para los problemas que convocan este texto: la construcción de la nación y la identidad nacional.

La aparición de varios programas, portales de Internet, fundaciones e, incluso, iniciativas financieras o jurídicas, que tienen como objeto la comunidad de colombianos en el exterior podrían ponerse como ejemplo de la creciente relevancia que han ido adquiriendo los colombianos en el exterior: portales como [conexioncolombia](http://www.conexioncolombia.com) tiene como misión “Canalizar recursos de manera efectiva y confiable desde cualquier lugar del mundo hacia un portafolio de fundaciones y proyectos avalados de alto impacto social y promueve el vínculo de los colombianos con su país a través de servicios informativos” ([www.conexioncolombia.com](http://www.conexioncolombia.com), 2009). O el nacimiento de proyectos como Colombia es pasión, la “marca país”, que según se definía en el portal virtual del proyecto consiste en “Tener una identidad, un nombre y una reputación. En la coyuntura actual de globalización, es importante que los países se diferencien de otros, para así poder competir en el mercado internacional” ([www.colombiaespasion.com](http://www.colombiaespasion.com), 2009). Y, en la actualidad, [Colombia.co](http://www.colombia.co), indica que “La estrategia de competitividad del gobierno nacional busca posicionar una imagen positiva del país en el extranjero” ([www.colombia.co](http://www.colombia.co)).

¿Qué relación guarda esto con la identidad nacional? Al reconocer a los nacionales por fuera de las fronteras del estado-nación, se transgrede la clásica idea, ya enunciada aquí, de que la nación y sus nacionales debe estar estrictamente contenida dentro de las fronteras del estado colombiano; aunque las primeras formas de inclusión tenían que ver más con el juego de la economía global, que depende cada vez más de la circulación de capitales, y de crear las condiciones aceptables para que las inversiones lleguen a los países que así lo requieran; asimismo, a la idea de alcanzar el bienestar social, como en el caso de la marca Colombia, la cual pretende reflejar la identidad nacional, de manera tal, que la identificación hacia los colombianos guarde sintonía con estos criterios y ese nuevo contexto, además de favorecerlos construyendo una estrategia que se instale en la memoria de los colombianos (es decir, que produzca identidad e identificación) y, a su vez, sea eficaz en los tiempos del capitalismo global. Esto es: que se convierta en “marca”, que persuada y movilice a los capitales a llegar a Colombia en cualquiera de sus modalidades: inversión extranjera, turismo, entre otros. Todo esto es evidencia de que la nación se extiende más allá de las fronteras nacionales.

Todas estas dinámicas y su objetivación misma rebasan las fronteras del estado-nación; incluso, muchas pueden estar por fuera del control del estado. Sin embargo, ahí están los colombianos como parte de la nación. Cómo se recrea y se construye la identidad nacional por fuera de las fronteras del estado-nación sin todos los recursos que permiten actualizarla y objetivarla: fuera del país el himno nacional ya no suena a las seis de la tarde, los monumentos conmemoran otros héroes, los símbolos que circulan evocan la pertenencia de quienes han incorporado sus significados, así se modifica, entonces, profundamente el contexto en el cual se escenifica la vida cotidiana, la rutina, la vida misma.

Desde luego, que esa población se identifique como 'los colombianos' y, en medio de todas estas nuevas condiciones, imponga un reto al estado: ¿cómo juega su papel de integrar a la nación si parte de su población está por fuera de las fronteras de su competencia? Ese es el reto de preguntarse por la identidad nacional en estos tiempos. ¿Cómo se recrea la identidad nacional si los insumos de los que suele servirse la población para sentir el apego ya no son parte de su paisaje cotidiano? Otras son las élites, los hechos históricos no se conmemoran sistemáticamente por medio de monumentos, calles, parques, fechas especiales; ya no hay recurrencia de los símbolos en torno a los cuales se integraban los nacionales (las iglesias, los santos, las regiones, etcétera); los partidos políticos son otros, iglesias hay muchas y variadas, en el mercado no circulan exclusivamente bienes culturales propios de su país (la gastronomía, las marcas nacionales); la lógica cotidiana obedece a otras reglas e, incluso, el lenguaje adquiere nuevos sentidos... ¿Cómo ser de un lugar estando en otro del que no se es? Esto es lo que justifica volver ahora sobre el problema de la identidad nacional y la construcción de la nación.

En tiempos en que al estado se lo ha puesto en crisis, es justo evaluar cómo ha sido su respuesta en una de sus funciones más tradicionales: producir referentes para la identidad nacional y la integración de la nación. Y, al mismo tiempo, escudriñar cómo los migrantes colombianos mantienen el apego a su país; es decir, cómo definen y recrean su identidad nacional en ese escenario que sin duda es crítico, al menos, por la forma en que se ha abordado.

¿Qué puede decirse de la identidad nacional después de la primera década del siglo XXI? Es decir, ¿después de los encendidos debates acerca del fin de los nacionalismos, de la crisis o muerte del estado-nación y de la relativización de la identidad nacional? Ya no son tan optimistas las voces que, por estos días, consideran a estos conceptos característicos de una época anterior, regida y entendida siempre en el marco del estado-nación, esa perspectiva que se llamó nacionalismo metodológico.

Durante mucho tiempo, en Colombia, se siguió la línea de los teóricos de la modernidad acerca de la relación estrecha entre la identidad nacional y el estado; siempre esa relación resultó, por lo menos, particular. Ni el estado pudo garantizar la integración de todos sus nacionales en su territorio ni estos sintieron el apego al estado de la misma forma en que experimentaron el apego a la nación o su identificación entre sus gentes. Esa idea de la sociedad escindida de González (2006), que se comprende mejor a través de la caracterización que este autor hace de la presencia diferenciada del estado.

En Colombia, la dislocación entre el estado y sus nacionales no es una novedad, sino casi una constante, porque la correspondencia del estado con la nación aún es relativa. Esta idea se hace más evidente en la relación con los colombianos en el exterior, puesto que, la correspondencia y coherencia entre los dos sigue siendo relativa; de hecho, podría arriesgarse aquí una conclusión: que la única correspondencia consiste en coincidir en una desconfianza mutua y en un bajo reconocimiento por parte de los colombianos en el exterior.

Frente a los tiempos que corren, en los cuales la intensidad de los fenómenos transnacionales obliga a un reacomodo del papel desempeñado por el estado, restándole hegemonía, disputarse la posibilidad de lograr la adhesión de los colombianos a la nación no solo es una estrategia que pretende legitimar al estado colombiano, sino que también lo ‘pone al día’. En esa disputa, por la integración de los colombianos en el exterior a la nación, se encuentra mucho de lo que es el estado en los tiempos que corren. Finalmente, lo que hace el estado es facilitar un proceso de oferta de bienes de toda naturaleza: económicos, jurídicos, sociales y, por supuesto,

simbólicos. La forma en que el estado colombiano asume lo que son los migrantes colombianos expresa su concepción de las identidades: un sujeto inserto en el mercado, cuyo lugar se gana por su capacidad de acceder a los mercados. El estado no garantiza los derechos de sus nacionales en el exterior, sino que hace posible que este los haga susceptibles de ser ganados. Nada más al corriente con las tendencias liberales en economía, en las cuales el estado pasa de ser garante a ser un facilitador y lo que garantiza la equidad es el mercado en sí mismo. Ello es evidente en el tipo de acción que realiza el estado colombiano en contextos transnacionales; en lugar de garantizar derechos, negocia con otros estados la posibilidad de que le permita acceder a ciertos servicios e impulsar a otras entidades a ofrecer sus servicios a los colombianos en el exterior, cual oferente de mercados moviliza recursos para lograr que los sistemas de pensiones se amplíen hasta llegar a los lugares donde estén los colombianos, y ofrece servicios educativos a través de sus instituciones estatales que puedan prestarlos, la universidad a distancia, por ejemplo, es un caso al respecto.

## Bibliografía

Abélès, Marc (2008) *Anthropologie de la globalisation*. Paris, Francia: Payot

Appelbaum, Nancy - Macpherson, Anne. - Roseblatt Karin (2003) « Introduction: Racial Nation ». En: Nancy Appelbaum - Anne Macpherson - Karin Roseblatt (Eds) *Race and Nation in Modern Latin America*. North Carolina, USA: Chapel Hill, The University of North Carolina Press.

Bauman, Zygmunt (2000). *Modernidad Líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bushnell, David (1997) *Colombia: una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Editorial Planeta.

Bhabha, Homi (2002) [1994] *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial Editorial.

Bolívar, Ingrid - Arias, Julio. - Vásquez, María de la Luz (2001) “Estetizar la política: lo nacional de la belleza y la geografía del turismo, 1947-1970” En: *Cuadernos de nación: belleza, fútbol y religiosidad popular*. Bogotá: Ministerio de cultura.

Constitución Política de Colombia. 1993. Bogotá: Legis.

Davila, Andres - Londoño, Catalina (2001). “La nación bajo un uniforme: la selección Colombia (1985 – 2001)” En: *Cuadernos de nación: belleza, futbol y religiosidad popular*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

Ferro, German (2001) “El divino niño icono de una nación”. En: *Cuadernos de nación: belleza, futbol y religiosidad popular*. Bogotá: Ministerio de Cultura

González, Fernan (1989) “Reflexiones sobre las relaciones entre identidad nacional, bipartidismo e Iglesia Católica” En: Myriam Jimeno, Gloria Ocampo, Miguel Roldan (Comp) *Memorias del simposio identidad étnica, identidad regional, identidad nacional / V Congreso Nacional de Antropología*. Instituto Colombiano de Antropología - Colcultura. Villa de Leiva. Bogotá, Colombia: COLCIENCIAS, Fundación Antioqueña para para los Estudios Sociales, 1989. P. 135 – 156

Fukuyama, Francis (1989). El Fin de la Historia. *National Interest*. Summer

González, Fernan (2006) “Ciudadanía, ley y presencia diferenciada del estado”. En: Fernan González – Gloria Ocampo (Comp) *Globalización, cultura y poder en Colombia: una mirada interdisciplinaria*. Medellín: Universidad de Antioquia - Colciencias

Guarnizo, Luis Eduard (2006) #Migración, globalización y sociedad: teorías y tendencias en el siglo XXI” En: Gerardo Ardila (Comp) *Colombia: Migraciones, transnacionalismo y desplazamiento*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia – Cátedra Manuel Ancizar.

Hannerz, U. (1998). *Conexiones Transnacionales: cultura, gente, lugares*. Madrid, España: Ediciones Cátedra

Hein, W. (1994). El fin del estado – nación y el nuevo orden mundial. Las instituciones políticas en perspectiva. *Nueva Sociedad*, No. 132, julio / agosto.

Melo, Jorge Orlando (1989) “Etnia, región y nación: el fluctuante discurso de la identidad (notas para el debate)” En: Myriam Jimeno - Gloria Ocampo - Miguel Roldan (Comp) *Memorias del simposio identidad étnica, identidad regional, identidad nacional / V Congreso Nacional de Antropología*. Instituto Colombiano de Antropología - Colcultura. Villa de Leiva. Bogotá, Colombia: COLCIENCIAS, Fundación Antioqueña para para los Estudios Sociales, 1989. P. 135 – 156

Ohmae, Kenichi (1997). *El fin del estado nación*. Santiago de Chile: Editorial Andrés bello.

Restrepo, Eduardo (2007) "Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio" En: *Jangwa Pana* No. 5. Santa Marta: Universidad del Magdalena

Santos, Boaventura de Sousa (1998) *La globalización del derecho. Los nuevos caminos de la regulación y la emancipación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos (ILSA)

Sotomayor, María Lucía (1998). *Modernidad, Identidad y Desarrollo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología-Colciencias.

Uribe, María Victoria - Restrepo, Eduardo (1997) *Antropología en la modernidad*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología-Colcultura.

Wade, Peter (1990) *Gente negra nación Mestiza: dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Siglo del hombre editores.